

pusieron á marchar, los mas distinguidos fueron Hugo el Grande, hermano del rey Felipe y conde de Vermandois; Roberto, duque de Normandía y hermano del rey de Inglaterra; Raimundo de San Gil, conde de Tolosa y de Provenza; Roberto, conde de Flandes; Esteban, conde de Chartres y de Blois, y el famoso duque de Lorena, Godofredo de Bullon, con sus dos hermanos Eustaquio y Balduino. Además de estos habia un gran número de señores de menos consideracion, y una infinidad de caballeros. El primero que se puso en camino fué Gautier, mas valiente que opulento, llamado por esta razon el Pobre; salió el dia 8 de marzo de 1096.

Fué seguido de Pedro el Ermitaño, que de predicador de la cruzada consintió en ser su general, pues se puso al frente de un grueso cuerpo de ejército, compuesto por lo menos de cuarenta mil hombres que habia juntado en Francia y Alemania, la mayor parte sin disciplina ni experiencia, y en fin, tan malos soldados como malo era el capitán. No tardó en conocer que el talento de reclutar tropas no bastaba para conducir las y formarlas para la guerra, y así bien pronto se vió obligado á dividir su ejército en dos cuerpos, de los cuales dió el mando de uno á Gautier el Pobre, y se reservó el otro; pero si Pedro carecia de capacidad, la indigencia de Gautier privaba á este, sin embargo de su valor, de la autoridad necesaria á un general. A ejemplo de Pedro el Ermitaño, un sacerdote alemán llamado Godescalco, se puso al frente de quince mil hombres, pero tan mal disciplinados que no pasaron de la Hungría, donde fueron hechos pedazos en castigo de sus excesos y robos. Otras muchas tropas salieron con el mismo desorden en esta primera campaña desde el mes de marzo hasta el de octubre.

Los mayores excesos que se cometieron

fueron efecto del celo mal entendido de una multitud confusa de cerca de doscientos mil hombres de á pié sin jefe y sin ninguna disciplina, los cuales creyeron que yendo á combatir contra infieles debian empezar esterminando los judíos que contraban al paso. Subiendo por el Rhin y las provincias inmediatas de Colonia hasta Worms, mataron sin piedad á cuantos judíos pudieron descubrir. Los obispos tomaron su defensa, y Juan de Spira llegó hasta castigar con la muerte á algunos cristianos en esta ocasion; pero otros celadores sanguinarios se obstinaron por todas partes en no dar cuartel sino á los que recibiesen el bautismo, y la mayor parte de estos desgraciados querian mas perecer y matarse á sí mismos despues de haber degollado á sus hijos, para que fuesen delante y los esperasen, segun decian, en el seno de Abraham; las mugeres que no tenían resolucion para clavar el puñal en su seno, se precipitaban en los rios. Hubo sin embargo un gran número de judíos, hombres y mujeres, que se bautizaron en Treveris; pero á escepcion del rabino Miqueas, que estaba á su frente y que se convirtió sinceramente, todos los demás apostataron el año siguiente.

Pedro el Ermitaño, que salió de los primeros para la Tierra Santa, se dirigió á Constantinopla, donde le esperaba un ejército de cruzados italianos: fué bien recibido del emperador Alejo, el cual le aconsejó que esperase á los príncipes cruzados para pasar al otro lado del Bósforo á las tierras ocupadas por los turcos. Bien pronto los robos y excesos de aquella multitud indisciplinada hicieron mudar de disposiciones al emperador, por lo que les hizo pasar inmediatamente el estrecho. Luego que llegaron á Nicomedia, los italianos y los alemanes se separaron de los franceses, cuya altivez, decian, no podian sufrir, y nombra-

ron por su jefe á Reinaldo, que á la incapacidad juntó la perfidia y la bajeza. Este se dejó bloquear en un fuerte, donde careciendo todas sus tropas de agua, y reducidos por la sed á sangrar los caballos para beber la sangre, murió el mayor número, quedando los demas tan lánguidos, que apenas podian llevar sus armas. Reinaldo entonces fingió querer pelear, pero habiendo ordenado á aquellos infelices en batalla, se marchó al enemigo, dejándolos á merced de los infieles, que con sable en mano se empeñaron en hacerlos renegar de Jesucristo; pero los sentimientos de la Religion y de la penitencia renacieron en su corazón en momento tan decisivo, y el mayor número confesando generosamente antes su fé se dejó cortar la cabeza. Por otra parte la gente de Gautier el Pobre, batida muchas veces por los turcos, se vió precisada á encerrarse en un castillo cerca de Nicea, donde casi todos fueron reducidos á la esclavitud. Pedro el Ermitaño, viendo por fin lo que debia esperar de aquellos á quienes no podia conducir, tomó el partido de volverse á Constantinopla, adonde acababan de llegar los príncipes franceses en diversas tropas por mar y tierra.

Godofredo de Bullon, que fue el primero que llegó, habia venido por la Hungría, donde habia hecho observar la mas exacta disciplina: aunque no era ni con mucho el mas poderoso de aquellos príncipes, su ejército sin embargo era de los mas florecientes, porque la reputacion de su valor y de su capacidad habia atraído bajo sus banderas un tropel de jóvenes nobles, ansiosos de aprender bajo su mando el arte de la guerra, y á quienes supo contener en el orden y en la dependencia. Por otra parte, sus virtudes cristianas y la dignidad con que sabia acompañar las prácticas de la Religion con los ejercicios militares, su probidad generalmente reconocida, su rectitud y su

desinterés le hacian respetar hasta de los griegos, y disipaban hasta las sospechas de su receloso emperador.

Pero las primeras disposiciones de Alejo no fueron bastantes para libertarle del sobresalto que le causaba la llegada diaria de tantos príncipes á las inmediaciones de su capital con ejércitos tan formidables, que todo el Occidente, segun la expresion de la princesa Ana Comneno (1), parecia haber pasado al Oriente. Lo que pareció darle mas inquietud fué la llegada de Boemundo, príncipe de Tarento y de la Pulla, hijo del famoso Roberto Guiscard, cuyo solo nombre era el terror de los griegos. Boemundo tenía puesto el sitio á Amalphi con su hermano Rogerio, conde de Sicilia, cuando los señores franceses llegaron á embarcarse en Italia para la guerra santa. Una virtuosa emulacion le hizo convertir inmediatamente sus fuerzas contra los infieles, y partió con su sobrino Tanerodo, héroe distinguido entre los mismos héroes. El emperador exigió que los príncipes cruzados le hiciesen juramento espreso de entregarle las plazas del imperio que tomasen á los musulmanes, ó de mantenerlas como vasallos suyos; hizo su amigo á Boemundo, prometiéndole mas acá de Antioquia un Estado que tuviese quince jornadas de largo y ocho de ancho. Los otros jefes reclamaron llenos de indignacion, teniendo por cosa vergonzosa á los franceses el rendir especie alguna de homenage á un príncipe extranjero; y aun el viejo conde de Tolosa opinó que debia declararse la guerra á los griegos; pero Hugo el grande, Roberto, conde de Flandes, y con especialidad el virtuoso Godofredo, respondieron que ellos no habian tomado la cruz para hacer guerra á los cristianos. En consecuencia se hizo el juramento, y se creyó deber disimular acerca de la política in-

(1) *Alexiad.*

juriosa y carácter falso de Alejo que habian llegado ya á comprender. A éste tambien se le obligó á jurar que seguiria con su ejército á los occidentales y que les ayudaria á apoderarse de Jerusalem.

Poco despues pasaron el Helesponto los cruzados y marcharon á Nicea, á la cual pusieron sitio el dia de la Ascension, 14 de mayo de 1097. Esta plaza, ilustre por la celebracion del primer Concilio general, estaba en poder de Soliman, nieto de Selyouc y fundador del imperio de los turcos en Natolia, y era de grande importancia, aunque de menos consideracion que Coni ó Iconio, de la que Soliman habia hecho su capital. No pudo resistirse contra cien mil hombres de á caballo que servian en el ejército de los cruzados, sin contar con los de á pié que con las mugeres subian á seiscientos mil; y así fué tomada por capitulacion en 20 de junio, y entregada por consentimiento de los franceses al emperador Alejo, que habia tratado secretamente con los sitiados.

Continuando los vencedores su camino, tomaron en la Natolia ó Asia menor otras muchas plazas, en que pusieron guarniciones y comandantes que las guardasen en su nombre, creyéndose dispensados de sus obligaciones contraidas con Alejo Comneno, porque este habia faltado á la fé de los tratados dejando de darles tropas y viveres. Habian tomado ya á Tarso y todo el resto de la Cilicia, cuando Balduino, hermano del duque Godofredo se separó del grueso del ejército, y dirigiéndose por la izquierda hácia el Oriente penetró hasta el pais del Eufrates, poblado casi únicamente de cristianos. En todas partes se le iban entregando y se le convidó á ocupar á Edesa, donde fundó un principado considerable del que fué reconocido como soberano. El grueso del ejército, que atraia la principal atencion de los enemigos, fué atacado en su marcha

por una multitud de infieles compuesta, segun dice un historiador que estaba presente (1), de trescientos sesenta mil hombres, sin contar los árabes, cuyo número solo Dios podia conocer. Los cristianos largo tiempo incomodados y fatigados con continuas escaramuzas, arrebatados por fin de furor, cayeron sobre aquellos agresores importunos, á quienes derrotaron, haciendo una horrible carnicería durante un dia entero.

Adelantándose despues por la Siria fueron á poner sitio á Antioquia el 21 de octubre: era esta todavía una ciudad muy grande y muy fuerte, casi toda llena de cristianos, y residencia del patriarca de Oriente, que tenia veinte provincias bajo su jurisdiccion, seis de ellas hereges, tres al Norte hácia el origen del Eufrates llenas de eutiquianos, y tres de nestorianos bajando aquel rio hácia el Mediodia. El año de 1084, Soliman, por orden de Malec, sultan del Iran, la habia conquistado de los griegos; Malec la habia dado despues á otro príncipe de su sangre llamado Arstan ó Soliman el jóven, para defender aquella frontera contra el califa fatimita de Egipto, cuyo imperio se estendia en Siria hasta Laodicea; pero con motivo de la muerte prematura de Malec, que ocasionó grandes turbulencias en la Persia, donde estaba el centro de su imperio y de los principales negocios, se pensó entonces muy poco en las empresas de los cruzados.

Sin embargo, el sitio duró ocho meses enteros; y apenas habia sido puesto cuando los cristianos se vieron sitiados ellos mismos en su campo por un ejército turco mucho mas numeroso que el suyo; pocos dias pasaban sin que tuviesen que sostener algun ataque: en ellos, es verdad, tenian casi siempre la ventaja; pero se consumian

(1) Tudeb, ap. Duchesne, tom. 4.

insensiblemente por sus propias victorias, y mas aun por la escasez de viveres que no podia dejar de arruinarlos en aquella posicion, y que les causó efectivamente grandes deserciones. Los generales se resolvieron por fin á vencer, ó á ser derrotados sin recurso, dando una batalla general; pero en ella ganaron una completa victoria en que perecieron mil y quinientos gefes turcos, y entre ellos doce oficiales de los principales que llamaban emires.

El gobernador de Antioquia se vengó de esto en algunos cruzados que habia hecho prisioneros, con cuya ocasion un caballero llamado Renaldo Porchet, acabó sus dias en un glorioso martirio. Habiéndosele puesto sobre las murallas con el pretexto de tratar de su rescate y suspender los esfuerzos de los sitiadores, les dijo así: «señores y hermanos míos, yo no he muerto todavía, pero me falta poco: olvidadme, y no consultéis mas que al ardor celestial que os inspira el recuerdo del Santo Sepulcro: Jesucristo ha combatido y combatirá siempre por vosotros. Sabed ahora vuestras ventajas: habeis muerto á doce emires, y mil quinientos guerreros de los mas valientes, y nadie hay aqui que pueda resistiros.» Furioso el gobernador con este discurso, quiso hacer que Porchet renegase de la Religion que se le dictaba: Porchet pidió algunos momentos como para deliberar, y lo que hizo fué arrojarse hácia el Oriente, y elevadas las manos rendir en voz alta sus adoraciones al Salvador de los hombres y suplicarle con fervor que recibiese su alma. A vista de esto, no pudiendo ya contenerse mas el bárbaro comandante, le hizo cortar la cabeza. Al mismo tiempo mandó traer á todos los prisioneros cristianos, atarlos en círculo con una gran cuerda las manos á la espalda, y habiendo hecho encender paja y leña en medio del círculo que formaban, los mandó quemar á fuego lento.

Al fin la ciudad fué tomada por inteligencias privadas (1098): un apóstata arrepentido, llamado Pirro, entregó una torre á Boemundo, que fué reconocido príncipe de Antioquia por los demas señores. Pero los momentos urgian; se habia llegado á entender que en socorro de los sitiados venia un nuevo ejército de mas de trescientos mil hombres al mando de Curbalan, general del soldán de Persia. Los turcos conservaban aun el castillo de Antioquia, donde se habian retirado con la mayor parte de la guarnicion. Estándose disponiendo para este nuevo sitio tres dias despues de la toma de la ciudad, se vieron los cruzados repentinamente acometidos por el soberbio Curbalan, que se lisongeo con arrogancia de sacar buen partido. Se dice, no obstante, que su madre vino de Alepo con el fin de hacerle desistir del combate, anunciándole la suerte funesta de sus armas si las convertia contra los servidores queridos del Todopoderoso (1). Él no hizo caso alguno de este aviso, y cercando la ciudad, donde se habian retirado, los redujo en veinte y seis dias á las estremidades mas horribles del hambre. Un gran número de cruzados desmayó enteramente y escapó como pudo; y el mas rico de todos los gefes, Esteban, conde de Blois, volvió á tomar el camino de Constantinopla.

Habian ya comido hasta á los camellos y los asnos, cuando el sacerdote Esteban, segun dice el historiador Tudebod que estaba presente (2), fué á buscar á los príncipes, y les aseguró, á consecuencia de una vision que habia tenido la noche precedente, que los Santos Jorge, Demetrio y Teodoro combatirian por ellos si comulgaban despues de haber borrado sus culpas con la penitencia y la confesion. Otro sacerdote, provenzal de

(1) Tudeb.

(2) *Ib.*, ap. Duchesne, t. 8, p. 707.

nacimiento, llamado Pedro Bartolomé, dió nueva fuerza á su ánimo declarándoles que el Apóstol San Andrés se le había aparecido, señalándole en la grande iglesia de Antioquia dedicada á San Pedro el sitio donde estaba enterrada la lanza con que habia sido abierto el costado de Nuestro Señor. Con esta noticia estuvieron cabando un dia entero trece obreros, hasta que por fin pareció la reliquia, y con esto ya no se dudó de la proteccion divina.

En consecuencia se resolvió dar una batalla, y para ella se prepararon con tres dias de ayuno, durante los cuales todos los soldados se confesaron y recibieron la comunión. En el combate el legado Aimardo llevaba la santa lanza para animar á los combatientes. Los demas obispos y sacerdotes con hábitos sacerdotales seguian el ejército con cruces en la mano y cantando salmos. Nada pudo resistir al valor animado por la Religion. En pocos momentos toda aquella multitud de infieles fué derrotada por todas partes, y se hizo en ella una matanza espantosa. Lo que sostuvo admirablemente el valor de los cruzados en aquella ocasion, fué el rumor que en confirmacion de las promesas del sacerdote Esteban corrió por todas las filas de haberse visto caballeros montados en caballos de una blancura resplandeciente, caer desde la montaña sobre los batallones infieles. El gobernador del castillo de Antioquia quedó tan sorprendido de esta inesperada victoria, que inmediatamente no solo se entregó sino que abrazó la fé de Jesucristo con muchos de sus súbditos (1098).

Los vencedores miraron como una obligacion la mas urgente el dar todo el honor correspondiente al culto divino; y para esto purificaron las iglesias profanadas por los infieles, del botin inmenso de que se habian apoderado escogieron el oro, la plata, las piedras y las telas mas preciosas para los or-

namentos sagrados; restablecieron al clero en sus funciones, y le asignaron rentas convenientes. El patriarca, á la primera hostilidad de los cruzados, habia sido puesto en una prision por los musulmanes, y fué inmediatamente restablecido en su Silla, donde permaneció tratado con el mayor respeto todo el tiempo que quiso subsistir en ella. Si se retiró despues á Constantinopla fué por su propia voluntad, y porque conoció que siendo griego nunca podria gobernar con fruto á los latinos. Se le dió por sucesor á Bernardo, obispo de Arta en el Epiro, que habia seguido al legado Aimardo en calidad de capellan suyo. Se instituyeron igualmente obispos en las ciudades inmediatas en que habia catedrales. El legado murió poco despues de una enfermedad contagiosa, que de resultas de la miseria y de los trabajos excesivos desoló á los cruzados, y les obligó á diferir la expedicion de Jerusalem hasta el año siguiente. Tenia el legado una grande devocion á la Virgen Nuestra Señora, y se le cree autor de la *Salve Regina*, que por eso es llamada por los antiguos la antifona de Pui. (Véase por lo demas la pági. 291.)

Al anunciar su muerte al Papa, los gefes de los cruzados invitaron á Urbano á que fuera á ponerse á su frente. «En Antioquia, le decian, fué donde tuvo principio el nombre cristiano, y donde primero puso San Pedro su Cátedra. Vos que sois el Vicario de San Pedro, venid á sentaros en su Silla y á hacer desde ella la guerra que conviene á vuestro ministerio; porque si bien nosotros hemos vencido á los turcos y paganos, no hemos podido traer á la unidad los griegos, los armenios, los sirios, ni los jacobitas. Esto nos mueve á rogáros vengais á poner os á nuestra cabeza. En nosotros hallareis hijos sumisos y dóciles, y tendreis la gloria de extinguir todas las heregias y de ese modo reunir al universo entero bajo vuestra

obediencia (1). Pero las circunstancias no permitian al Soberano Pontífice acceder á esta peticion.

Apenas las armas cristianas acababan de conseguir estas primeras ventajas en el Oriente, cuando la Europa tuvo que deplorar turbulencias y desórdenes causados por la ausencia de tantos principes. Roberto, duque de Normandia, al tomar la cruz habia cedido el usufructo de su ducado al rey Guillermo su hermano, en recompensa de las grandes sumas que habia necesitado para esta expedicion. Para reunir este dinero, que le habia sido preciso anticipar, el rey Guillermo saqueó las iglesias de su reino, tomando de ellas toda la plata, y hasta las cajas de reliquias y las guarniciones de los santos Evangelios. San Anselmo fué obligado á dar el valor de doscientos marcos de plata, y poco satisfecho todavia el rey con esto, procuró disgustarle en adelante en cuantas ocasiones se le presentaban (2). El santo obispo no habria pensado mas que en perfeccionar su virtud con estas tribulaciones, si no hubiesen sido el escándalo de todo un reino, en donde se minaban los fundamentos de la equidad igualmente que los de la Religion; por esto resolvió ir á consultar al Sumo Pontífice, tanto para poner remedio á un mal tan grande si era posible, como para dejar el arzobispado si no podia restablecer entre las dos potestades la armonia necesaria para el gobierno de su Iglesia. Obtuvo para este viage con grandísimo trabajo el consentimiento de su soberano, é inmediatamente que el Papa Urbano supo que habia llegado á Roma, le señaló su habitacion en el palacio pontificio, donde le hizo descansar aquel dia. Al siguiente por la mañana le admitió con honor á su audiencia, para la cual se le habia preparado una silla de-

lante del Papa, y la nobleza romana concurrió de su propio movimiento á esta ceremonia. Anselmo se postró segun costumbre á los pies del Vicario de Jesucristo, pero Urbano le levantó inmediatamente, le abrazó con afecto, y se esplicó respecto de él en los términos mas honrosos. Ensalzó principalmente su humildad, que le hacia buscar los consejos de aquellos de quienes era maestro por su sabiduria, y que le llevaba desde tan lejos y por entre tantos peligros á honrar á San Pedro en una persona de quien era casi igual en calidad de patriarca de otro mundo. Urbano trató inmediatamente de que se le hiciese justicia, y á este fin escribió al rey de Inglaterra, diciendo al santo arzobispo que esperase á su lado la respuesta; pero Anselmo quiso mas retirarse al monasterio de Selavia, cuyo abad Juan habia sido monge en la abadía del Bec. Contento en las dulzuras de aquella soledad agradable y sana de la tierra de Labor, Anselmo volvió á tomar sus antiguos ejercicios con la misma tranquilidad que podria tener si fuese todavia simple religioso. Entonces fué cuando acabó el Tratado que sobre las causas de la Encarnacion del Verbo habia empezado en Inglaterra en lo mas fuerte de su persecucion. Este Tratado consiste en dos libros, de los cuales el primero trata á fondo del misterio de la satisfaccion de Jesucristo. Con respecto al segundo debe advertirse, que todo lo que se dice en él contra la immaculada Concepcion de la Madre de Dios, es solo una objeccion y no una asercion del autor.

La reputacion de Anselmo le siguió á su soledad; á ella corrian de todas partes á pedir consejos y recibir instrucciones. Rógerio, duque de la Pulla, le suplicó que pasase á verse con él cerca de Cápua que tenia sitiada, y le dió las pruebas mas lisongeras de amistad y de veneracion. Habiendo pasado tambien allí el Papa Urbano con la espe-

(1) *Hist. de l'Egl. Gallie.* l. 22.

(2) *Vit. per Edmer.* num. 41 et. 42.